

# CINCUENTENARIO DE LA CREACION DEL PRIMER HOSPITAL NAVAL

Por

Luis OSSA Gajardo

Sargento 2º (Enf.), Armada de Chile

"El egoísmo hoy es el imperio,  
la nobleza, poco a poco fenece  
¡Qué vida es ésta de misterio!  
Tan pobre luz, poco la vida te-  
nebrosa enternece".

L. Ossa G.



AS SAGRADAS Escrituras narran en sus hermosos evangelios una parábola que comenta en qué consiste el amor fraterno. Dicen que un falso religioso y un privilegiado en la sacra administración de Dios pasaron de largo frente a un herido; no obstante, un extranjero, samaritano, se acercó y vendó sus heridas, no tan sólo para prestar por obligación los primeros auxilios, sino más bien, movido por una fuerza interior de excelsa fraternidad. Tal debe ser el móvil y vocación de los que mantenemos diario contacto con heridos o enfermos.

Hace 50 años, fruto de una visión preclara, era guardada en estos precisos lugares, Playa Ancha, la piedra angular que serviría no sólo de base y guía a la construcción física de este reposario, sino, al mismo tiempo, tenía la alta significación de representar un símbolo más alto: era la piedra de solidez básica, maciza, de lo que constituye hasta hoy la Sanidad Naval.

Lo que es percibido como simple principio externo es, muchas veces, la maduración de una acción interna, silenciosa y secreta. La colocación de esa primera piedra, no fue sino el primer hábito de silenciosos anhelos de los que, seguramente con preclara visión, comprendieron esa urgente necesidad.

Sin duda, surgieron cimas de obstáculos que, con férreo y hábil juicio, fueron escalonadas hasta ver la natural realidad.

Y es así como los grandes y limpios anhelos crecen más de prisa que los años. Cincuenta años han transcurrido y no obstante, pleno ha sido el progreso, más que el tiempo de ésta, hoy, bien estructurada Sanidad Naval. Se han transmitido, para su sostenido y buen funcionamiento, fundamentales valores hacia los más altos jefes y hasta los más pequeños fragmentos. Medio siglo ha transcurrido y con legítimo júbilo celebramos hoy, 14 de diciembre de 1977, este aniversario más.

La continua sucesión de los años, abre nuevos ramajes de urgentes necesidades, lo que podemos constatar con amplio realismo diario. Es imposible satisfacer con plenitud tales necesidades. Pero no nos cabe la menor duda que el Mando, igual que en los inicios, trabaja arduamente y en silencio, para un mejoramiento real, que el progreso de la ciencia y de la técnica impone. Y nosotros, con nuestros pequeños, graníticos y modestos apoyos, también rendimos en nuestra medida, la colaboración tan importante y vital: el respaldo moral que dicta nuestra vocación.

Injusto sería callar en esta ocasión, ilustres nombres de los que fueron nuestros precursores y de los que rindieron, con encendido ahínco, lo mejor de sí, en la formación y consolidación de lo que sería más tarde la futura Sanidad Naval: En los albores de la Guerra del Pacífico, cirujano Videla, Cornelio Guzmán. Posteriormente el almirante Bracey Wilson, primer Director del Hospital Naval, Dr. Víctor Katz. Capitán en ese entonces Sr. Hugo Vicuña Monarde, quien fuera designado por el alto mando Director y contraalmirante de Sanidad Naval. No podemos dejar de mencionar a un gran formador de enfermeros navales, profesores, gran consejero y sobre todo gran educador por varias décadas; nos referimos al recordado Sr. Manuel López Rodríguez. Es imposible mencionar a todos los que de alguna forma u otra, contribuyeron inmensamente en pro del progreso de este hospital y en general de toda nuestra especialidad.

Un bronce, en el umbral del pórtico principal de nuestro establecimiento hospitalario, rememora a nuestros héroes. De vez en cuando repasemos esos nom-

bres y reverencemos su memoria con secreta y sincera admiración.

Provistos todos nosotros de una recia y viril convicción, sabremos con fiel obediencia cumplir nuestro papel, en medio de un ámbito bélico. Para tal objeto hemos sido preparados por largos años. Pero mientras Dios permita paz, nuestra misión debe ser cumplida con rigurosa y noble objetividad.

No basta al médico, enfermero o auxiliar, administrar fríamente el jarabe medicinal con que restituya las virtudes naturales del cuerpo. Nada entrega quién así actúa. Todo entrega el que junto al entregar el medicamento liga una sonrisa de esperanza y cordialidad. Mucho entrega el que junto al dar la gragea curativa da a un tiempo la palabra de aliento que perfuma la vigilia sombría de una enfermedad; el espíritu humano, merecedor es siempre de un excelente trato. La abnegación (cuyo significado etimológico es negarse a sí mismo por el bien de otros) y la interrelación humana es una fortificación bifronte, porque rinde satisfacción honda al servidor y envuelve de gratitud el corazón del bien atendido.

Como fieles heraldos del fondo rojo, presente desde el ardiente sol nortino, en los rudos mares del sur, surcados por solitarios patrulleros, hasta la gélida Antártida, en su loable misión, sabremos renovar al cumplir este cincuentenario del primer Hospital Naval, con altura de pensamiento, los fundamentales valores de nuestra sagrada vocación: sacrificio y servicio. Para tal efecto se requiere una imprescindible introspección a nuestras conciencias. Ver si en realidad seguimos las huellas pioneras de aquellos hombres del pasado. Requerimos de un análisis a fondo de nuestras actitudes; ver si esos logros han alcanzado su meta final y honestamente ver a diario si estamos realizando esos logros.

Necesario es también admitir un reconocimiento de nuestros errores pasados y si hemos rectificado en el presente tales errores, para proyectarnos hacia un futuro desenvolvimiento más perfecto, inherente tanto en lo profesional y en gran manera en lo humano. De ser así, estaremos cumpliendo cabalmente nuestra alta y noble labor. Seremos plenamente hombres, más chilenos.